

## Somos sin casa

*Che, Buenos Aires  
Ciudad, no conocés mi nombre.  
Nadie sabe mi nombre.  
La multitud es opaca. No refleja mi existencia.  
El otro era el espejo en el que me reflejaba.  
El espejo se ha roto.*  
Esther Díaz.<sup>1</sup>



### Barruntar un por qué

Hace 18 años que comencé a fotografiar a “personas en situación de calle”. En ello influyeron lecturas de infancia: Andersen y Vasconcelos me mostraron extremos del frío y el hambre. Gracias a ellos pude mirar fuera de la jaula y conocí experiencias ajenas a mi realidad. Creo que por eso a los 10 años me sentí preparado para acercarme a charlar con los dos chicos que se pasaban las tardes enteras vendiendo biromes y planchas de figuritas en la esquina de casa. En pocos semáforos, pasamos de la noción de diferencia a observar de cerca esa diferencia y a convivir con esa diferencia, en la proximidad.

La experiencia vicaria de una lectura, de un film, de un documental habilita relaciones con seres y mundos lejanos. Aunque la historia del otro permanezca alejada por la división de clases que el sistema económico y cultural pretende ineluctable, algo se despierta y golpea. Entonces Vasconcelos le pasa por encima con una calle que se traza sobre la planta de Zezé y aprendemos de la pérdida y la injusticia, y un poco de la crueldad; cuando el último fósforo se consume entre

<sup>1</sup> Díaz, Esther. *Buenos Aires. Una mirada filosófica*. 1ª ed. Editorial Biblos. Buenos Aires, 2001.

los dedos sucios de la niña de Andersen, entendemos que a ella no la mata el frío sino la indiferencia de su comunidad. La compasión, la piedad, el duelo, la empatía, y aun la admiración y la misericordia, quedan. Emociones que actualmente se quieren sofocar por blandas o inútiles (por negativas y descartables), pero que existen y respiran en todo encuentro con el otro.

Acercarme a esos dos pequeños vendedores ambulantes me dio la confianza para conversar con quien se me pusiera delante. Dónde, con quién y cómo vivían esos hermanos me daba mucha más curiosidad que lo que les pasara a mis compañeros de la escuela o el club. Esos chicos me contaron que vivían en una casita de chapa en la Villa 31, y paraban en esa esquina por el largo del semáforo, pero sobre todo porque podían llegar a pie. Convivían con su mamá y otros tres hermanitos. Yo quería saber todo, pero no sabía hasta dónde preguntar. Ellos, a su vez, me preguntaban a mí. Nada tardamos en darnos cuenta que no éramos tan distintos, por no decir muy parecidos. Desde entonces me vi interpelado numerosas veces por personas en condiciones muy distintas a las mías. No sé si porque el problema del otro, visto de afuera, pareciera sencillo de resolver, o porque se abandona la competitividad. O directamente porque, tal como planteaba Javier Adúriz: “A quién le importa uno mismo, si no es a través de la curiosidad por el otro, por lo otro.”<sup>2</sup>



---

<sup>2</sup> Adúriz, Javier. *Posclásico, una apropiación en Tres décadas de poesía argentina: 1976-2006*. Compilado por Jorge Fondebrider. 1a ed. Buenos Aires. Libros del Roja, 2006.

## El espacio público, territorio de resistencia



Desde hace casi dos décadas que la ciudad más rica del país es la más endeudada. La cosmética tiene un alto costo operativo. Los porteños nos contamos entre los más reaccionarios de los argentinos: su electorado suele votar a la derecha del espíritu santo. Pero la presencia de personas que viven en la calle borronean el maquillaje urbano. El espacio público cobra otro relieve. Aunque esté manejado por el mismo partido político, que la ha endeudado comprometiendo ingentes remesas del presupuesto para enrejar perimetralmente cada plaza, cada parque, cada plazoleta, cubriendo con toneladas de cemento todos los senderos internos de los espacios verdes. Con el fin, además del millonario negocio que implica el manejo de infraestructura, de expulsar a las personas en situación de calle bajo los remanidos argumentos de seguridad. Y aunque de fondo sigan en vías de despejar las calles para el “libre” intercambio de bienes y servicios, y haya hecho de todo para convertir a la ciudad en un *no lugar*<sup>3</sup>, más y más complicado por las clases estamentadas, con movilidad reducida o nula. Pese a todas estas medidas, igual se puede afirmar que el espacio público sigue estando lejos de ser un mero espacio de tránsito. Baste remitirse a la última marcha convocada por el colectivo LGBTIQANB+, el 01 de febrero pasado.

¿Será que vuelven por Filoctetes no sólo por el poder del arco, sino porque se atreve a mirar lo que sucede, y a manifestarlo?

---

<sup>3</sup> Augé, Marc: *Los "no lugares", espacios del anonimato: una antropología de la sobremodernidad*. Editores: Gedisa. España. Gedisa, 1993



## ¿Y el bien común?

La Ley 11.723 establece que no se puede comercializar una fotografía de una persona sin su consentimiento, ni sin el de una persona estrechamente vinculada (cónyuge, hijos o descendientes directos), en caso de que la persona haya fallecido. Sin embargo, la publicación de una fotografía es libre cuando se la relaciona con fines científicos, didácticos o culturales; o con hechos o acontecimientos de interés público o desarrollados en público.

En la convicción de que el bien común es un horizonte de expectativas indispensable para una convivencia colectiva pacífica, estas palabras merodean a la población en situación de calle, como un hecho de interés público.

Quizá la ley ampare este trabajo. Quizás no, porque cada foto es una suerte de hurto, ya que pocas cuentan con el consentimiento del o de los fotografiados.



## Un antecedente

Jacob Riis fue uno de los primeros fotógrafos en retratar la vida de cientos de personas marginadas que padecieron el hacinamiento en casas de alquiler, e incluso en la llana intemperie de las calles de Nueva York, como consecuencia de la pobreza estructural en Estados Unidos cebada por la especulación financiera que llevó al crack del '30<sup>4</sup>. Hoy, gracias al trabajo<sup>5</sup> de este fotógrafo, podemos observar los efectos sociales del colapso debido al quiebre que produjo la timba financiera.

---

<sup>4</sup>Jacob Riis, *Cómo vive la otra mitad. Estudios entre las casas de vecindad de Nueva York*. Edición castellana de Isabel Núñez. Barcelona. Alba Editorial, 2004.

<sup>5</sup> A imágenes de Riis: <https://miquelpellicer.com/2014/10/jacob-riis-el-fotoperiodista-que-cambio-calles-nueva-york/>

Si estas fotografías consiguen abonar la articulación entre las personas que viven en la calle y aquellos/as que aún no han podido detenerse en esta circunstancia; o si logran disputarle terreno al prejuicio para que pueda analizarse el carácter transitorio de estas situaciones que depende de políticas públicas activas, por tanto de voluntades que deseen mitigarlas, las imágenes se habrán justificado.

### **¿Qué grado de responsabilidad tengo como testigo?**

La pobreza estructurada por un sistema que funciona sobre la base de la explotación con base moral en la cultura judeocristiana, impone una dinámica que reparte culpas desde el “todos somos responsables”. Ante ese *todos*, es mucho más fácil que nadie se haga responsable, y entonces la indiferencia es el antídoto que más a mano queda. Un antídoto que anula el síntoma sin modificar en lo más mínimo, el problema. La falta de empatía disminuye las oportunidades de la sociedad.

Habría que rebatir las ideas políticas que hacen pasar por insalvable la desigualdad. Señalar el accionar de las fuerzas represivas de la Ciudad que los desplaza y oculta, bajo programas de nombres altisonantes que tapan con la mano lo que tiran con el codo. Proliferan filmaciones de vecinos que muestran el maltrato policial contra esta población. Sobrados ejemplos existen de este modus operandi. Porque se los acosa y persigue. Se les quita y destruye su documentación, se les sustrae su identidad. Aunque además de sus nombres se lleven sus colchones y tiren todo a la basura. Aunque los tiren a ellos mismos del otro lado de la General Paz. Toda mirada que los ningunee debilita la potencia de la comunidad. Y la especie, en conjunto, pierde.

Aunque haga de cuenta que no los veo, sigo siendo testigo. Un testigo mucho más que involuntario. Entre ellos se cuentan jóvenes, mujeres, hombres de mediana edad, niños y ancianos. Familias enteras nos salen al encuentro. Des-encajan. Roen toda apariencia, vuelven inconsistente el entorno. *Desapariantan*. Su intemperie pone de manifiesto la propia transitoriedad.



Si la ciudad pone sobre la mesa las decisiones más bajas, si a ojos vista desplaza a los más vulnerados por la fuerza, habrá que señalar e identificar estas formas como abusos de poder. Habrá que delimitar este proceder, llevarlo a la justicia, y denunciarlo para combatirlo.

Quiero creer que el mundo, este mundo imposible, puede ser maravilloso cuando es con todos. Quiero creer que nadie sobra. Por más que el desamparo trabaje la ciudad poniendo sobre la mesa las decisiones más bajas, tales como el desplazamiento forzado, el exilio hacia adentro, también denominado insilio, nomás que formas de la marginación que pueden combatirse.



## ¿Qué del otro hace que me detenga?

¿Por qué reboto una y otra vez contra los márgenes de esta ciudad que amo y detesto? ¿Por dar cuenta de algo, por testificar lo que me provoca?

¿Me preocupa el prójimo u obedezco a la obligación social de preocuparme?

¿Será una forma de prevenirme ante la sospecha de que no estoy tan lejos; o es que soy parte de ellos y no quiero darme cuenta?

¿Les tomo fotos para abolir la distancia o para quedarme sosteniéndola?

¿Lo hago para ganar amor a través de una especie encubierta de bondad desinteresada?

¿O porque no sé por dónde ni cómo; me ganó la desesperanza y quiero completar el álbum de esta devastación?



¿Qué persigo con una foto, con un ensayo, con una nota: mostrar, dar protagonismo?

Nada niego de manera tajante, nada puedo afirmar del todo.

Mientras tanto, saco fotos. Mientras tanto, escribo.

Porque las fotos no valen mil palabras. Y las palabras, sean mil o un millón, de nada valen ante el desamparo.<sup>6</sup>

### ¿Para qué las fotos?

En los metadatos de cada foto pueden leerse la ubicación, la fecha, algunos valores técnicos con los que se tomó la imagen (velocidad de obturación, iso, apertura de diafragma, distancia focal), no mucho más. Quizá el lugar y el momento basten para alguna especie de denuncia, pero nada dicen de quién ni de cómo esa persona llegó a esa situación. Las fotografías son, en el mejor de los casos, un documento de época. Ni más ni menos. Las historias no surgen de las fotos, sino de la posibilidad de acercarse a conversar con cualquiera de estas personas.

La foto es una manera de atestiguar, de declarar haber estado. Una forma de hacer algo con lo que duele. Un registro de lo que ocurre en todos lados. Tal vez para mostrarlo, para no quedarme de brazos cruzados ante lo que no tiene por qué ocurrir, pero sucede todo el tiempo. Para decir también que, aunque esta población siga en aumento, no vamos a naturalizarlo. No vamos a legitimar ni, mucho menos, avalar el desplazamiento. Porque las personas que están en esa situación, en muchos casos, han llegado después de varios reveses y golpes. Luego de perder sus trabajos, sus ahorros -si los hubo-, todo tipo de ingreso sustentable; todas sus posiciones/ posesiones, hasta llegar a la calle.



---

<sup>6</sup> “Ante un niño que muere de hambre, La náusea no tiene peso”, señaló Jean-Paul Sartre a comienzos de los '60.

Las imágenes fueron hechas a las apuradas, arrebatadas a quienes fueron retratados. Carecen de cuidado formal. Esta falta de composición por un lado es un problema técnico, pero por otro, permite observar de manera cruda la manifestación del desconcierto. En ellas está el ruido de la agitación, la vibración del movimiento, el respirar entrecortado del momento, la escasez de luz, la distancia sostenida para poder escapar de la escena en el caso de una reacción por parte del, o de los retratados. Invertidos los roles no cuesta imaginar cuál sería la propia reacción si ante la extrema vulnerabilidad alguien viniera a tomarme una foto.

El material gráfico acaso sea otra manera de decir, junto con **Proyecto7**<sup>7</sup> y otras organizaciones sociales que se ocupan a diario de proveer comida y techo a esta población, con el fin último de reincorporarlos con un trabajo más o menos formal, que así como “la calle no es un lugar para vivir, mucho menos lo es para morir.”

Cuando algo se observa diariamente, por más extraño que sea, queda prendido a nuestra mirada hasta que, poco a poco, se habitúa. Contra esto habrá que lograr nuevos agenciamientos para recuperar las preguntas y cambiar las respuestas. Acaso como puntos posibles de una articulación política distinta.



---

<sup>7</sup> Una organización integrada y coordinada por personas en situación de calle, en 2003, por primera vez en la Ciudad de Buenos Aires, muy activa hasta el momento. <https://proyecto7.org/>



## Marca humanidad

*“Yo no soy, tú no eres, en los vastos flujos de las cosas, más que un punto de parada favorable a un resurgir.”*

*Bataille, Georges.*



El colchón donde reposa la esperanza, trampolín de viejas aventuras cada vez renovadas.

O uno de dos plazas sobre el asfalto, de canto, más alto que el container contra el cual quedó apoyado.

El lugar más blando de la intimidad donde los ojos al comienzo del descanso relajan los párpados.

O sobre el charco de aceite en el que también se hunden restos de comida putrefacta.

Donde la voluntad se suelta convencida de un despertar nuevo después del sueño sobre el cual no sabemos nada, y nada controlamos.

Allí donde abonamos la vigilia. Y la abortamos.

La cosa que nos sale al encuentro: el king size de resortes al aire, escultura pos-apocalíptica en la torsión que da el ángulo entre la vereda y el tabique del baldío.

Donde nos sacamos el día de encima y nos abandonamos, más allá de la voluntad.

En ese apenas más sólido que el aire: espuma de goma. Efervescencia a caballo entre el sueño y la asfixia, entre el sexo y la pausa, entre muerte y pesadillas.

Soda plástica. Burbujas minúsculas. Aire encapsulado.

Senderos trazados por fluidos de aureola ámbar, sobre un jardín cianótico, monocromático. Funda en que se graba el mapa de un territorio íntimo por el que se retrocede hacia adelante con los ojos apretados.

Lo más mullido de la casa. De la cosa.

Y eso sin hablar de las sábanas. Porque en la calle hay colchón, frazada o nada.

La sábana, en cambio, es la piel delicada que merece un techo, una cueva, una casa.

